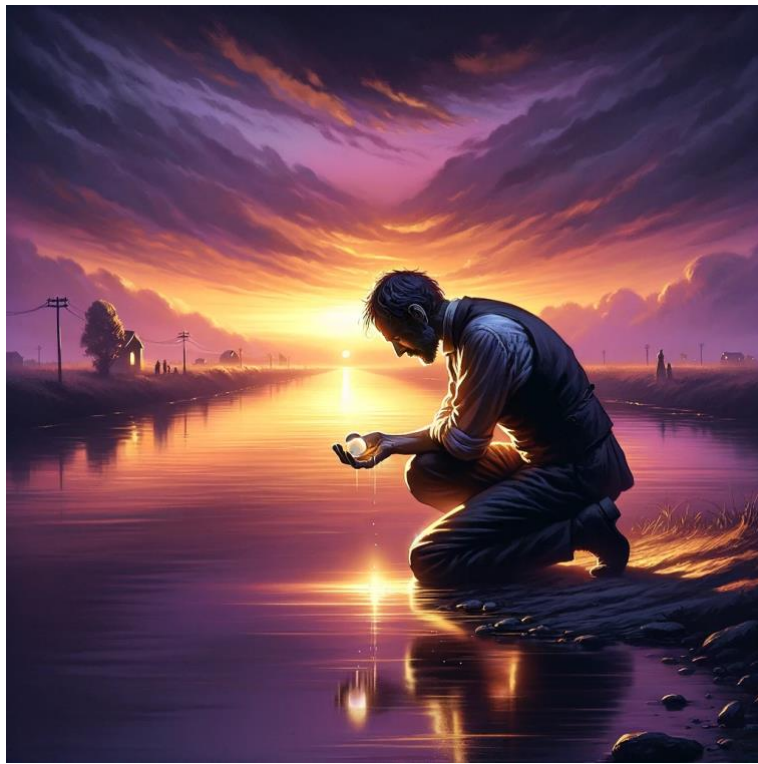


El Pescado original

El río crecía y casi desbordaba sus aguas en el barrio más pobre de un poblado azotado por la mala suerte y las penurias. A pesar de tal amenaza, un pescador solitario sonreía feliz; parecía que Dios finalmente había escuchado sus ruegos. Aprovechando que el río estaba revuelto, había atrapado al pez más grande de todos. El pescado, al sentirse cautivo, le ofreció al hombre la perla más hermosa, jamás vista, a cambio de su libertad. La perla era tan perfecta y brillaba tan intensamente que el hombre, al mirarla, no lo dudó ni un instante. “Ahora soy rico”, se dijo a sí mismo, mientras sus ojos destilaban codicia al contemplarla.



El hombre creyó que su destino, ya escrito, al fin le hacía justicia a su esfuerzo y paciencia. La vejez ya le pesaba a su espíritu y la enfermedad pronto lo vencería, así que esta oportunidad era única. Además de comida, hoy tendría una joya para su amada. El pez, viéndolo a los ojos, le rogaba: “Llévate la perla, pero regresa la libertad”.

El hombre escuchó las súplicas y, momentáneamente, se compadeció. Sin embargo, su ambición lo traicionó. ¿Por qué no ambos?, se dijo mientras volteaba a mirar al pez que, como podía, luchaba por escapar de entre sus manos. Esta batalla perdida eterneció al pescador y, sin saber qué hacer, alzó la vista al cielo

en busca de una señal divina o quizá una respuesta. Poco después, convencido de que Dios lo premiaba por su ciega obediencia, dejó en sus manos la decisión. Su fe era tan grande que el pez, sabiendo que su vida peligraba, se apuró a tentarlo, diciendo: “Libérame, tengo más perlas para darte”.

Una sonrisa se esbozó en el rostro del hombre, no de alegría, sino de una avaricia que brotaba desde lo más profundo de su ser, oscureciendo cualquier atisbo de compasión que le quedara. “Es mejor morir rico que vivir pobre”, pensó, y no respetó la voluntad del Señor, quien desde lo alto lo veía todo.

Justo entonces, un rayo de sol atravesó las nubes, incidiendo en la perla con tal intensidad que su brillo deslumbró al pescador, quien apenas podía mantener los ojos abiertos y, al llevarse las manos a los ojos, tratando de cubrirse, soltó al pez sin darse cuenta. Al sentir que el pez se le escapaba, agitado, le gritaba: “Ahora que te he liberado, dame la perla”.

Las horas pasaron y el ocaso inundó poco a poco el río. El hombre, arrepentido e incapaz de encontrar al pez, se lamentaba no de su indecisión, sino de su mala suerte. Ese día, convencido estaba, se sumaría a la larga lista de jornadas teñidas de penumbra y escasez, un recordatorio sombrío de que la verdadera riqueza está más allá de las posesiones materiales.

El pez vio que el pescador sufría, y le dio la oportunidad de redimirse. Antes del anochecer fue a su encuentro, diciendo: “Toma buen hombre, con esta perla compro tu ceguera y tu libertad. Si buscas que alguien haga por ti lo que tú debes hacer, entonces la perla te recordará que eres hombre de mucha fe y poca voluntad”, terminó de decir el pez y se convirtió en el Pescado original. El pescador aceptó gustoso, sin importarle todo lo demás. Sus ojos brillaban ahora más que la ansiada perla, pero ya no veían.

El tiempo pasó, las nuevas generaciones siguieron viviendo a la orilla del mismo río, y los descendientes del pescador aún continúan rezando para encontrar al Pescado original y devolverle la perla a cambio sólo de su libertad; ya que su ceguera es incurable, viven en el paraíso y no lo ven.